

Trigésimo Segundo Domingo del Tiempo Ordinario C2022

Quiero comenzar esta homilía compartiendo con ustedes una anécdota de una experiencia de vida. Crecí en una ciudad medianamente grande, con una población cercana a las quince mil personas. La ciudad tenía tres parroquias, tres escuelas secundarias y muchas escuelas primarias. En la ciudad, había muchos comerciantes cuyo uno fue relativamente exitoso. Su sueño de vida siempre fue algún día comprar un automóvil Mercedes. En ese tipo de mundo y en esos días, tener un auto Mercedes era todo un logro. Desafortunadamente, el año en que consiguió el auto Mercedes fue diagnosticado con un cáncer. Y después de un par de meses más tarde murió.

Cuando estaba enfermo, se quejaba de que la vida era injusta con él. No podía entender por qué justo en el momento en que estaba en la cima de su vida y negocios, tuvo que morir y dejar sus bienes a otros. Preferiría estar vivo y disfrutar de los frutos de su arduo trabajo, pero eso era imposible.

Al pensar en ese hombre recuerdo cómo estaba lleno de arrepentimiento y amargura. Quizá se consolaría si existiera, después de la muerte, la posibilidad de continuar la vida que tenía en la tierra, rodeado de sus bienes. La realidad, sin embargo, era cruel porque la vida después de la muerte es algo diferente, que nada tiene que ver con la vida que pasamos en la tierra.

Esto es lo que nuestro Señor les dice a los saduceos que lo confrontaron con la extraña historia de una mujer que se casó con siete hermanos. En primer lugar, ¿quiénes eran los saduceos? Los saduceos eran uno de los grupos religiosos importantes en la sociedad judía. A diferencia de los fariseos y los escribas, aceptaron como Escritura únicamente la Ley escrita de Moisés y rechazaron la autoridad de la tradición oral. De la misma manera, no aceptaban la existencia de los ángeles ni de los espíritus. Tampoco creían en la resurrección de los muertos.

Cuando los saduceos se acercaron a Jesús, su preocupación no era obtener de él algún conocimiento sobre las Escrituras, sino ridiculizarlo acerca de la resurrección de los muertos. Su caso fue bien interpretado en torno a la Ley del Levirato que encontramos en Deuteronomio 25: 5-10. Esta ley establece que si un hombre muere sin un hijo, su hermano puede casarse con la viuda y darle un heredero. El hijo primogénito de ese matrimonio era considerado hijo del hermano fallecido y debía continuar su línea.

El caso que los saduceos llevaron a Jesús fue realmente complicado, porque, si aceptamos la resurrección de los muertos, entonces, ¿a quién pertenecerá la mujer en la vida después de la muerte, dado que los siete hermanos la tomaron por esposa?

De manera muy clara, nuestro Señor responde a la pregunta de los saduceos sin ambigüedades: Después de la muerte, no hay matrimonio. Por lo tanto, la pregunta no solo es inútil, sino irrelevante. De hecho, después de la muerte, los que son considerados dignos del reino de Dios ya no pueden morir. Son como ángeles e inmortales; ya no están sujetos a las pasiones y deseos humanos como los seres humanos terrenales. Son los hijos de Dios, destinados a resucitar; ya no necesitan matrimonio.

En otras palabras, nuestro Señor les dice a los saduceos que están gravemente equivocados al representar la vida después de la muerte como la continuación de la vida presente con sus pasiones y emociones o como su mejora. La vida después de la muerte es algo completamente nuevo, una nueva vida con Dios para una felicidad eterna. No hay

comparación entre la vida humana como la vivimos aquí en la tierra, y la resurrección compartida por los que son hijos de Dios en el cielo.

La muerte no es una ruptura en nuestra vida, sino una entrada en la proximidad de Dios donde no habrá más dolor ni sufrimiento, no más lágrimas, sino una completa dicha de ver a Dios cara a cara, de estar en la presencia del Uno quien nos ha dado la vida. La resurrección de los muertos no significa la reencarnación o la readaptación de la vida humana a la nueva realidad, sino el comienzo de una nueva historia de nuestra vida con Dios en su reino. Esto es lo que hemos celebrado hace un par de días en las fiestas de Todos los Santos y de Todos los Difuntos.

¿Cuál es la base de todas estas afirmaciones? Estas afirmaciones se basan en el hecho de que nuestro Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos. Si Moisés llamó “Señor” al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y no de los muertos, entonces Dios seguirá siéndolo para todos los que mueren en él.

En otras palabras, Dios es un Dios vivo. Porque es un Dios vivo, da vida a todo lo que vive en el mundo. Nuestra propia vida es una participación en la vida de Dios. Vivimos porque Dios comparte su vida dentro de nosotros. La vida de Dios no puede morir. Mientras Dios viva, y sin embargo vive eternamente, viviremos con él. Esta es la razón misma de nuestra esperanza en la resurrección de los muertos.

Pero, hay más en esta historia de resurrección: Jesús mismo es nuestro testigo y ejemplo de lo que significa vivir, morir y resucitar. Su resurrección es el fundamento de nuestra fe y esperanza en la vida eterna. La fe en la resurrección arroja luz sobre todo lo que hacemos en este mundo, incluidos nuestros dolores y sufrimientos en el mundo actual. Modifica toda nuestra forma de ver la existencia humana y los problemas de este mundo. Afrontamos los desafíos de este mundo con serenidad y miramos el futuro con esperanza porque creemos que hay más en la vida que lo que ahora vemos y ahora vivimos.

La esperanza de la vida eterna y de la resurrección de los muertos es lo que infundió valor a los siete hermanos ya su madre para soportar la muerte con serenidad, como hemos escuchado en la primera lectura. En lugar de negar su fe, aceptaron la muerte. Su coraje para soportar la muerte proviene de la convicción de que, aunque mueran físicamente, Dios les devolverá la vida; él los levantará.

Anhelemos, mis hermanos y hermanas, nuestra resurrección de entre los muertos. Vivamos en la tierra de tal manera que al final de nuestra peregrinación en la tierra seamos dignos de participar en la resurrección de Jesús. ¡Dios los bendiga!

2 Macabeos 7: 1-2, 9-14: 2; 2 Tesalonicenses 2: 16-3: 5; Lucas 20: 27-38



Fecha de la Homilía: el 06 de Noviembre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221106homilia.pdf